

Funciones del investigador-curador en la reestructuración de una sala de exposición en el Museo Nacional de Antropología

María Eugenia Sánchez Santa Ana*

En este artículo me referiré al trabajo que realiza el investigador-curador adscrito a un museo y cuya investigación –producto del levantamiento de información en campo, el estudio de las colecciones y el trabajo de gabinete– debe traducir a un lenguaje museal por medio de una exposición, ya sea temporal o permanente. Al terminar el proyecto de investigación, este profesional habrá de presentar a discusión el guión científico que sustentará la exposición ante los académicos especialistas en la región y las autoridades, para aceptar o debatir, según sea el caso, sus sugerencias. Con el fin de ilustrar esta labor, me referiré a la reestructuración de la Sala Sierra de Puebla en el Museo Nacional de Antropología (MNA), que se llevó a cabo en 1998.

EL INVESTIGADOR QUE LABORA EN UN MUSEO

Se puede decir que entrar en el universo de los museos es una experiencia extraordinaria, tanto para el público en general como para los que se desenvuelven en el medio antropológico, aunque en realidad son pocas las personas que se imaginan todo el trabajo que hay detrás de las exposiciones permanentes o temporales, las que se preguntan quién o quiénes se encargaron de conceptualizar las salas que acaban de recorrer, y todavía menos las que saben que la labor en ellas es de un investigador-curador.

De manera breve mencionaré cuáles son las funciones del antropólogo dentro de esta institución. Los investigadores adscritos a la red de museos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) reciben el nombre de investigador-curador. Tienen la responsabilidad del cuidado, el control, el estudio y la interpretación de las colecciones a su cargo, y sus funciones están marcadas, en primer término, por la especificidad de su campo de estudio y porque los resultados de su investigación obtenidos en la región de su responsabilidad en diferentes periodos de trabajo de campo los presentan en ponencias, conferencias, artículos, y en ocasiones los difunden en forma masiva en una exposición.

De ahí la importancia de que el investigador-curador no sólo tenga la habilidad de sintetizar su investigación, sino también de traducirla a un lenguaje museal, es decir, de plasmarla en guiones científicos, considerados como los contenedores de la información recopilada, sistematizada y analizada que el museo (emisor) ha de transmitir (mensaje) al visitante (receptor) (Vázquez Olvera, 1993: 217). Es esencial que al realizar este guión científico el curador piense en las inquietudes que espera despertar en un público heterogéneo que visitará el recinto, por lo que debe plantearse preguntas como las siguientes: ¿a quién va dirigida la exposición?, ¿qué y cómo se transmitirá?, ¿de qué medio se dispone para reforzarla?, ¿dónde se montará y con qué colección se apoyará? (*ibidem*: 218).

Al finalizar el guión, deberá someterlo a discusión ante un grupo de académicos conocedores del tema, así como ante las autoridades. Con todos ellos aceptará o debatirá las sugerencias, e incluso en ocasiones analizará ciertos temas importantes para la temática propuesta, sobre todo cuando se trate –como es el caso que aquí se reseña– de la reestructuración de la sala permanente de un museo.

Al integrar las propuestas y sugerencias, el curador redactará, de acuerdo con los parámetros establecidos, los textos para las cédulas: introductorias, temáticas, de objeto o grupo, y gráficos. De igual manera, en función del proyecto de investigación, integrará como folleto, o bien como catálogo, el material de difusión. Si es importante proporcionar de manera cabal esta información al público adulto enterado de lo que observará en su recorrido, lo es aún más la destinada a los niños, en tanto que podrán llevársela para cumplir con sus tareas escolares y durante la visita deberán disfrutar a plenitud la experiencia museal, en vez de dedicarla al mero copiado de las cédulas.

El guión científico, enriquecido así con las propuestas y acabado con el material de difusión, se presentará al equipo de museografía, el cual, para su puesta en escena, interpre-



Celebración de Semana Santa en Jopala **Fotografías** María Eugenia Sánchez Santa Ana

tará la información plasmada en él y elaborará el proyecto museográfico. Para este proceso se llevarán a cabo sesiones de trabajo en las que se discutirá o enriquecerá la propuesta. Con base en el espacio, así como en las características y cualidades físicas de los materiales de las colecciones, este equipo decidirá temperaturas, humedades, colores, iluminaciones, y para ello propondrá la utilización de vitrinas, capelos, mamparas, plataformas, entre otros recursos museográficos. Al iniciar el montaje, y con la finalidad de lograr el desarrollo de estas ideas, es imprescindible que el investigador esté en comunicación directa con el museógrafo hasta llegar a la culminación de la exposición.

HISTORIA DE LA SALA SIERRA DE PUEBLA

En 1964, la planeación y creación del nuevo edificio del MNA en Chapultepec significó un proyecto monumental, que deseaba mostrar el pasado y el presente de México. Entonces fue necesario conciliar los criterios de los investigadores encargados de redactar los guiones que resumirían la información arqueológica y etnográfica para sustentar las exposiciones en su nueva sede. De acuerdo con Cámara Barbachano, en un principio no se contempló la integración de la etnografía, sino que los etnólogos hablaron con Eusebio

Dávalos, entonces director del INAH, y con Ignacio Bernal, director del museo, para incorporarla, hasta que fue aceptada y se reunió al equipo de trabajo (Sierra, 1994: 79).¹

Los profesionales a quienes se les solicitó estudios etnográficos de la Sierra de Puebla fueron, en primer lugar, Roberto Williams García, quien en trabajo de campo recorrió diferentes regiones indígenas, como San Pablito, Pahuatlán, una comunidad representativa del grupo otomiano; de los tepahuas fue a Pisaflores; con los totonacos estuvo en San Marcos Eloxochitlán, municipio de Ahuacatlán, porque desde la época prehispánica en estas comunidades se manufacturaba “papel de corteza”, cuyo uso ceremonial –hasta ese momento ningún investigador había llegado a su fondo conceptual– aún era importante: en ese entonces era de interés considerar a los otomíes meramente como los “brujos” de la región, mas no adentrarse, como en este caso, en el significado de los materiales –como el amate– y las prácticas que empleaban. A finales de 1962 Williams entregó el guión “Los otomíes de la Sierra” para su puesta en escena en la exposición permanente.

Por su parte, Alfonso Villa Rojas recorrió la serranía poblana en compañía de los museógrafos Miguel Celorio y Alfonso Soto Soria, quienes llevaron a cabo el montaje de la



Celebración del 3 de mayo en San Pablito, Pahuatlán

sala. El conocimiento que este último ya tenía sobre Pahuatlán fue de gran ayuda para orientar los rumbos del recorrido en el trabajo de campo en las comunidades de Pahuatlán, la cabecera municipal, San Pablito, Xolotla y Atla.

En 1962 Soto Soria presentó el estudio “Sobre la significación etnográfica de la Sierra de Puebla”, donde mencionó que la región encierra un verdadero mosaico de lenguas y culturas, entre las que sobresalen los totonacas y nahuas, así como unos cuantos pueblos de lengua otomí, en el extremo noroeste, y otras pocas comunidades tepehuas, situadas en la parte donde se unen los límites de los estados de Puebla, Hidalgo y Veracruz. Cabe mencionar que aun cuando existían diferencias locales en los modos de vida de esos grupos, todavía hoy se percibe un patrón general que los abarca a todos. La condición de aislamiento en que se ha mantenido toda esta región de la Sierra de Puebla ha hecho posible que se conserven usos y costumbres de marcada raíz indígena, como el arte textil, la fabricación de papel, los ritos mágicos, las técnicas agrícolas y las ceremonias religiosas (Soto Soria, 1962: 2-3).

Después de llevar a cabo diversas exploraciones etnográficas entre los grupos pobladores de la sierra poblana, los investigadores encargados de los estudios dejaron constancia de los resultados obtenidos. Williams García y Villa Rojas presentaron sus informes etnográficos sobre la Sierra de

Puebla al INAH, al Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas (CAPFCE) y a la Secretaría de Educación Pública (SEP), escritos que fueron la base para la exposición permanente (*idem*).

Finalmente, la puesta en escena se estructuró con las siguientes temáticas: 1) Geografía a base de fotografías; 2) La arriería y los caminos serranos (fotografías); 3) El temazcal: tipos de construcción (fotografías); 4) El papel amate: su tecnología y ritos; 5) Habitación otomí; 6) Troje nahua; 7) Mujeres nahuas hilando; 8) Indumentaria de los diversos grupos; 9) Los totonacas y las fiestas religiosas (que se ambientó con objetos domésticos); 10) Tecnología textil; 11) Danzas; 12) Mercado tepehua, y 13) Artesanías.

Con el paso del tiempo, los sucesivos investigadores-curadores encargados de esta región serrana propugnaron por actualizar la sala en lo relativo a la información, las cédulas, los gráficos, la indumentaria, las fotografías, pero no modificaron su estructura por carecer del presupuesto para ello. No fue sino hasta 1998 cuando se inició un proyecto de reestructuración en todo el recinto, cuyos objetivos fueron poner al día la información que se presentaba e instalar una museografía de vanguardia.

Por fin, después de 40 años, había una coyuntura y una decisión política para realizar este magno proyecto, el cual debía concluir antes de que lo hiciera el periodo de gobierno del presidente Ernesto Zedillo Ponce de León. Cada investigador-curador, tanto de arqueología como de etnografía, se dio a la tarea de procesar la información de sus proyectos de investigación y de actualizar sus datos. Los etnólogos llevaron a cabo trabajo de campo para observar los cambios en la organización social, religiosa y económica; con base en los datos obtenidos tanto en el campo como en gabinete, y en el estudio y análisis de las colecciones realizados con anterioridad, fue posible integrar los guiones y sustentar la exposición permanente que correspondía a cada investigador.

PROYECTO DE REESTRUCTURACIÓN

Al constante cambio del mundo se sumaba ya el del propio MNA. A cuatro décadas de su inauguración, se inició un proyecto de reestructuración integral del recinto, por lo cual se hizo indispensable mostrar, a finales del siglo XX, los avances tanto en la investigación antropológica como los técnicos en la museografía, ocasión que dio la oportunidad de llevar a cabo cambios en la estructura de la Sala Sierra de Puebla.

El proyecto² implicó un reto, porque al MNA se lo considera un punto de referencia de los museos de antropología. Como dice Morales (1996: 100), desde su fundación adquirió esta categoría por tres razones básicas: en primer término, porque establece una relación estrecha, material y cultural, entre las civilizaciones; en segundo lugar, porque desaparece la museografía en blanco y negro para introducir color; por

último, porque pone la arquitectura al servicio de las instalaciones museográficas. Con esta certeza, los investigadores-curadores responsables de cada una de las salas iniciaron un trabajo cuya finalidad consistió en mantener al MNA como referente del quehacer museográfico mundial.

En lo que toca a la etnografía expuesta en la Sala Sierra de Puebla, en diciembre de 1999 la curaduría quedó a cargo de las maestras Beatriz Oliver Vega y María Eugenia Sánchez, quienes se abocaron a la recopilación de información sobre los grupos que habitan en la región, la cual, en los años del devenir del museo, había cambiado, sobre todo en lo que se refiere a la aparición de los medios de comunicación enfocados en las masas, como la televisión y el teléfono; a la infraestructura carretera, con vías intermunicipales e interserranas; a la falta de trabajo, y la consecuente migración hacia las ciudades de Puebla, México y Veracruz, así como a Estados Unidos de América y Canadá. Éstos han sido los agentes de cambio que antes no se mostraban en la sala de exposiciones.

A la sala se decidió llamarla “Sierra de Puebla” porque los grupos asentados en la región serrana comparten, a pesar de los avances tecnológicos, elementos culturales semejantes—en algunos casos con pequeñas variantes—; esto es, su denominación define una región, la cual tiene sentido y existencia en tanto que en su suelo se asienta un amplio grupo humano de diferentes orígenes étnicos y lenguas, lo que le otorga forma y extensión. Se distingue de otras regiones culturales porque tiene una historia compartida por los grupos ahí asentados y, como escribe López Austin (1994: 10-11), porque pervive un núcleo duro que une culturalmente a los pueblos con raíces mesoamericanas.

En enero de 2000, las curadoras Oliver y Sánchez iniciaron la investigación en bibliotecas para consultar la bibliografía reciente de otros colegas que trabajaban la región.

Como labor previa fue necesario restaurar la mayor parte de los objetos que estuvieron expuestos tiempo atrás y, con el fin de completar algunas temáticas propuestas para su musealización, obtener el material etnográfico necesario que no existía en la colección o que, por su deterioro, era necesario reponer, como trajes de danza y de uso diario, papel amate, figuras recortadas, cerámica y menaje de casa. Después se llevaron a cabo diversos recorridos por la región serrana, para estar en contacto con las comunidades y presenciar algunas ceremonias.

Las poblaciones de hablantes de nahua investigadas fueron Zacapoaxtla, Cuetzalan del Progreso y San Andrés Tzicuilan. Dentro de este paisaje serrano existen lugares de culto que se conciben como sagrados: son los puntos por donde los elegidos transitan para penetrar en el inframundo o ir a planos superiores. Para estudiar esta expresión cultural las investigadoras llevaron a cabo trabajo de campo en Xicontepec, donde se encuentra la Xochipila, roca localizada a la orilla de un pequeño río, también considerado sitio sagrado por los pobladores, al que asisten para dejar ofrendas, como gallinas, tamales, atole, pan, refino y flores.

Las investigadoras, asimismo, realizaron un recorrido en el municipio de Jopala, habitado por población totonaca, donde tuvieron la oportunidad de presenciar la ceremonia de Semana Santa, tanto católica como evangélica, y compraron indumentaria para enriquecer los acervos del museo.

Visitaron diversos mercados, entre los que se puede mencionar los de Huauchinango, Naupan, San Pablito, Pahuatlán, Cuetzalan y Zacapoaxtla. También hicieron trabajo de campo en la región otomí de San Pablito, Pahuatlán, con el fin de observar la ceremonia religiosa que se lleva a cabo el 3 de mayo, en la que se bendicen las cruces que los habitantes colocan en los ojos de agua y en la entrada de sus casas.



Reproducción de la vegetación para la unidad museográfica dedicada a las ceremonias agrícolas

Con este material, las investigadoras empezaron a elaborar el guión científico que sustentaría la exposición, y tras cuya conclusión se llevó a cabo una reunión de trabajo para presentarlo ante investigadores especialistas en la región poblana, como el doctor Sergio López Alonso y las maestras Olimpia Farfán Morales y María de Lourdes Báez Cubero; en representación de las autoridades estuvieron entonces directora del MNA, doctora Mercedes de la Garza,



Taller de producción de maniqués instalado en el MNA

y la subdirectora de Etnografía, maestra Cristina Suárez y Farías, cuyos comentarios se tomaron en cuenta para enriquecer el trabajo.

La temática propuesta para la nueva sala fue: 1) Introducción; 2) Localización; 3) Antecedentes históricos; 4) Paisaje; 5) Cosmovisión (sitios de culto, ceremonias agrícolas,

medicina tradicional, plantas medicinales, temazcal); 6) Organización social; 7) Técnicas textiles; 8) Indumentaria ceremonial; 9) Artesanías.

Con los temas propuestos, las investigadoras se reunieron con la museógrafa Lilia Weber y sus ayudantes, Francisco Tello y Antonio Galán, para adentrarse en el guión, conocer y comprender las ideas de las curadoras e iniciar la propuesta del proyecto museográfico. Después el equipo evaluó, discutió y afinó el guión, hasta llegar a su aceptación. A partir de ese momento se estableció una relación de trabajo entre las antropólogas y los museógrafos, a quienes en algunas ocasiones se invitó a los recorridos por las comunidades de estudio con la finalidad de estimularlos.

Como sobre determinadas áreas no se contaba con suficientes imágenes e información, el equipo programó diferentes salidas de campo para obtener el material necesario —imágenes del fotógrafo José Conchello y su ayudante— para los audiovisuales y tomas para la recontextualización y el diseño de las ambientaciones.

En el año 2000, el equipo estuvo en algunos lugares sagrados de comunidades de la Sierra de Puebla: cuevas, rocas, manantiales, árboles y sitios de curación, como el temazcal. Los fotógrafos aprovecharon para realizar tomas de éstos, así como de la zona y su vegetación, y de las diferentes actividades que se realizan en la población: bordado, tejido en telar de cintura, recorte de papel amate, ceremonias de curación. El resultado de este trabajo, además de complementar la exposición, dio sustento a la reproducción del medio ambiente y fue materia prima para la elaboración de un medio interactivo.

La experiencia en el trabajo de campo permitió a los museógrafos, además de compenetrarse con la majestuosidad de la sierra poblana, afinar el guión científico. Cada vez que el equipo regresaba de campo con nueva información recabada, se llevaban a cabo sesiones de trabajo para discutir el montaje de la exposición y así mostrar parte de la vida cotidiana de los pobladores de esta región (Oliver Vega, 2001: 363).

Para la puesta en escena se incorporaron maniqués con rostros realistas. Con ese objetivo el patio del MNA se convirtió en un taller para elaborar los cuerpos. De manera previa, las investigadoras y el escultor Juan Larios viajaron a la región serrana y levantaron el registro de rostros tanto de hombres como de mujeres, niños, jóvenes y personas de edad avanzada de las comunidades, para elaborar las máscaras que servirían como base para los maniqués de la Sala Sierra de Puebla.

Al principio no fue fácil que los pobladores aceptaran la propuesta de modelar por todo lo que implicaba el proceso de trabajo, desde lograr la pose adecuada hasta mantenerse inmóviles durante el tiempo requerido para que el material fraguara. Se platicó con ellos para despertar su confianza en el proyecto y estimularlos a participar en él, lo cual fue posible cuando observaron el primer rostro fraguado.

Una de las mujeres oriundas de Jopala que aceptó posar para la mascarilla se mostró incrédula al ver su rostro musealizado. Tras la inauguración de la sala se le invitó a visitarla y, al observar el maniquí que representaba a los totonacos portando la indumentaria tradicional, le fue difícil creer que era ella la que representaba a su pueblo. Más tarde emigró a la ciudad de México para estudiar e invitó al recinto a sus compañeras de escuela para que la vieran musealizada.

En las instalaciones del MNA, con los cuerpos ya terminados, el escultor y su equipo de trabajo los pintaron y las investigadoras los vistieron, una actividad muy especializada porque la indumentaria de cada pueblo es única y, por lo tanto, cada maniquí debía expresar las diferencias de manera fiel. El siguiente paso fue la colocación de las pelucas y el peinado. Para finalizar las actividades, los maniqués se montaron en la plataforma correspondiente.

Por último, en noviembre de 2000 fueron reabiertas al público las sala de etnografía Purécherio, Sierra de Puebla, Culturas del Golfo de México, El Noroeste y Los Nahuas, así como las de arqueología Culturas Indígenas de México, Introducción a la Antropología, Poblamiento de América, Teotihuacán, Los Toltecas y su Época, Culturas de la Costa del Golfo, Maya, Culturas del Occidente y Culturas del Norte, con la presencia del presidente Ernesto Zedillo, la entonces directora del INAH, licenciada Teresa Franco, la doctora Mercedes de la Garza, directora del MNA, y la maestra Cristina Suárez y Farías, subdirectora de Etnografía.

CONCLUSIÓN

Uno de los objetivos del nuevo discurso museográfico de la Sala Sierra de Puebla del MNA fue enlazar, desde el punto de vista histórico, el pasado con el presente para que el visitante perciba la continuidad entre éstos. Así, a lo largo del recorrido por la exposición, se muestra cómo los grupos étnicos no son estáticos, sino que se van transformando no sólo con los avances técnicos, sino también desde el interior de las propias comunidades –en todo conjunto social existen fuerzas centrífugas y centrípetas que inducen a los cambios–. En México estos grupos nunca han estado aislados: desde la época colonial forman parte de un todo por medio de la producción regional, nacional e internacional, con productos como la plata, el plomo, el oro, el cacao, el azúcar y, a partir del siglo XIX, el café. En el presente se ha impulsado la comercialización de las plantas medicinales para la industria farmacéutica y se ha iniciado la del papel amate.

Al concluir este proyecto de reestructuración del MNA en Chapultepec, podemos decir que si bien el planteamiento de la década de 1960 fue válido y significó un hito en la historia de la antropología y de la museología internacionales, en la actualidad han cambiado muchos de los conceptos que lo originaron, de modo que, como los aspectos tecnoló-

gicos, museológicos y museográficos se modifican con rapidez, no debe esperarse 40 años para poner al día el discurso museográfico que se presenta en las exposiciones, ya que debe mantener una visión actualizada y objetiva sobre la presencia de los pueblos indios y de sus culturas ❖

* Subdirección de Etnografía, Museo Nacional de Antropología

Notas

¹ Entre 1956 y 1960 el director Luis Aveyra insistió en la necesidad de tener un nuevo espacio construido *ex profeso*, acorde con el desarrollo del país; contó con la aprobación del entonces director del instituto, el doctor Eusebio Dávalos Hurtado, quien presentó ante la Secretaría de Educación Pública un anteproyecto. En 1958, durante el periodo presidencial de Adolfo López Mateos, se dio a conocer la decisión de construir un nuevo edificio que funcionara como Museo Nacional de Antropología conforme a la idea de que a la riqueza cultural indígena del país debería corresponder un edificio de la misma naturaleza, y se eligió el bosque de Chapultepec por ser uno de los lugares más visitados por los mexicanos. A cargo de la obra quedó el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez y el recinto se inauguró el 17 de septiembre de 1964 (Marquina y Aveyra, 1962: 3-4; Sierra, 1994: 75).

² El proyecto estuvo a cargo de la Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones del INAH, bajo la dirección del arquitecto José Enrique Ortiz Lanz, durante el periodo comprendido entre 1999 y 2000.

Bibliografía

- López Austin, Alfredo, *Tamoanchan y Tlalocan*, México, FCE, 1994.
- Marquina, Ignacio y Luis Aveyra, *Informe general de las labores desarrolladas durante el lapso inicial del proyecto, del 1° de enero al 31 de diciembre de 1961*, México, Consejo de Planeación e Instalación del MNA-INAH/CAPFCE-SEP, 1962.
- Morales Moreno, Luis Gerardo, “¿Qué es un museo?”, en *Cuicuilco*, revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, ENAH, nueva época, vol. 3, núm. 7, mayo-agosto de 1996, pp. 59-104.
- Oliver Vega, Beatriz y Olimpia Farfán, “La etnografía en el Museo Nacional de Antropología”, en *Investigaciones recientes en el área maya, XVII Mesa Redonda, Tuxtla Gutiérrez*, San Cristóbal de las Casas, Sociedad Mexicana de Antropología, 1981, pp. 497-501.
- _____ y Catalina Rodríguez Lazcano, “Las salas de etnografía en el remodelado Museo Nacional de Antropología”, en *Inventario Antropológico*, anuario de la revista *Alteridades*, México, UAM, vol. 7, 2001.
- Ramírez Vázquez, Pedro, “La reestructuración del Museo Nacional de Antropología”, en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, SMA, 1998, pp. 9-12.
- Rodríguez Lazcano, Catalina, “Presentación”, en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, SMA, 1998, pp. 5-8.
- Sierra Carrillo, Dora, *Cien años de etnografía en México*, México, INAH (Etnohistoria, Científica), 1994.
- Soto Soria, Alfonso, *Sobre la significación etnográfica de la Sierra de Puebla, (Viaje a Pahuatlán, mayo de 1962)*, México, INAH/CAPFCE-SEP, 1962.
- Vázquez Olvera, Carlos, “Una reflexión sobre la investigación en los museos”, en Ramón Bonfil Castro, Néstor García Canclini *et al.*, *Memorias del Simposio: Patrimonio, Museo y Participación Social*, México, INAH (Científica), 1993, pp. 215-220.